

XIII

CUANDO pasé, se hallaba el conde en el más pequeño de sus salones, el que le servía de despacho. Al primer golpe de vista vi que el Leonardo — pues lo es, lo juraría sobre la cabeza de usted, señora — había vuelto á tomar su honroso sitio en el precioso atril. Varegnana estaba escribiendo sentado ante una mesa de despacho, si se puede dar este nombre burgués á tal obra maestra de taracea y de escultura sobre madera. Largas plumas de cisne formaban un ramo, al lado de él, en una copa del Renacimiento. Son las únicas que emplea para escribir, y las moja en un tintero cincelado por Benvenuto Cellini nada menos. Ya he dicho á usted que era un verdadero gran señor viejo y noble, uno de esos tipos de otra edad que nuestras innobles democracias modernas colocarían con gusto en el diccionario de los monstruos antediluvianos entre el *mammuth* y el *epiornis*, el *plesiosaurio* y el *diplodocus*. Estaba tan atareado que ni aún me oyó entrar. Varias hojas de papel rasgadas y tiradas en una gran vasija de cobre labrado, un antiguo brasero con el blasón de su familia — ¡en todo gran señor! — atestiguaban la dificultad que tenía para redactar la carta, en respuesta á la del señor Boudrón. Me quedé unos instantes mirándole. Procuraba discernir en su altanera fisonomía y en su actitud un indicio de sus disposiciones presentes. Me pareció que su cólera de la mañana, si no había pasado del todo, había disminuído bastante. En fin, en un gesto que me pareció conocer la energía de una definitiva resolución, su mano crispada trazó al final de la carta su larga y clara firma. Al levantar la cabeza, me vió:

— Llega usted á tiempo, me dijo; si no le hubiera



Varegnana estaba escribiendo sentado ante una mesa de despacho... (pág. 90.)

prometido no salir, hubiera ido á su casa... Tengo una pregunta que hacerle; pero antes, ¿quiere usted enterarse de esta carta?

— ¿Es una contestación al señor Boudrón?, exclamé aturdidamente.

— Sí, dijo. ¿Cómo lo sabe usted?

Senti que me sonrojaba lo mismo que la pobre Cristina hacía poco, ¡oh, con menos gracia! Mi pregunta imprudente tomaba un mal aspecto de espionaje con este caballero del antiguo régimen tan perfectamente educado. Tuve el valor de confesar mi indiscreción, pues el motivo era desinteresado. Le dije, pues :

— He visto al criado salir con una carta y subir á un coche. Como sabía la escena que el señor Boudrón acababa de tener con la señora Ariosti, he pensado que querría tener por usted noticias más exactas... Y aquí me tiene usted...

— No se excuse, interrumpió con su habitual agrado, y oiga mi carta. En efecto es una respuesta á la del señor Boudrón :

Muy señor mío : He apreciado en todo su valor la prueba de confianza que se ha servido usted darme. Pero comprenderá que siendo la señora marquesa Ariosti una de mis parientas, me impongo la regla absoluta de callarme acerca del incidente al cual alude usted. Todo lo que puedo decir es que no le ha sido exactamente referido. Siento mucho tener que contestar á su pregunta con una negativa, á la cual le suplico no atribuya otro motivo. Suyo afectísimo s. s. — Conde Andrés Varegnana... ¿No hay muchas faltas de francés? preguntó : ¡siempre el gran señor! entendía bien que yo no me permitiría apreciar su modo de proceder. Deseaba que yo estuviese al corriente y nada más.

— Bien quisiera yo escribir el italiano como usted el francés, contesté :

— Entonces ¿envío la esquila? dijo.

Bien puede usted juzgar, señora, que me abstuve de formular la observación más mínima. En el tiempo que empleé en franquear la distancia asaz larga que separaba mi hotel del palacio Varegnana, había esbozado ó rechazado cuatro ó cinco planes, con el fin todos de llevar al conde, precisamente, al punto á donde había llegado

sólo : dar una explicación que me dejara el campo libre. ¿Cómo había llegado á ello?... He reflexionado mucho desde entonces y no he resuelto este pequeño problema. Pero ¿quién ha podido penetrar nunca la intención de un italiano cuando ha llegado á abstraerse? Si sus pintores nos han dejado tantos admirables retratos, la causa reside en el carácter á la vez tan impenetrable y expresivo de las fisonomías de aquí. Son ardientes y secretas, apasionadas y concentradas. Cuando recuerdo el acento de emoción con el cual Varegnana me había hablado de Cristina Boudrón, pienso que tuvo simplemente lástima de ella y de su felicidad, — lo mismo que un servidor de usted, señora. — Se está muy dispuesto á tomar afecto al amor ajeno cuando se ha amado también, y usted conoce mi opinión acerca del amo del palacio de la vía Bagutta y de su oculta novela. — Luego me acordé del hipnotismo que ejerce sobre él la supuesta crítica científica de arte. Me he dado cuenta de que en el fondo, muy en el fondo, este poseedor de tantas maravillas no es más que un aficionado. Nunca ha tenido entre sus manos el lápiz ni el pincel. Delante de un lienzo ó una estatua no tiene esa intuición del oficio que no se aprende más que por la práctica. Veo distintamente yo á un Ticiano y á un Rafael, á un Mantegna y á un Longhi trabajar, triturar los colores en la paleta, atacar el cuadro. Para emplear una locución vulgar, pero muy justa, diré : yo sé como está hecho, Varegnana, no. No tiene, pues, certidumbres, porque no juzga realmente por sí mismo. Para que hubiera llegado á desbautizar en el marco al Leonardo, ¡su Leonardo! era menester que quedase, — iba á emplear una expresión más vulgar aún y decir con la boca abierta — pongamos hipnotizado — por Courmansel, su labia de pedante, su erudición reconocida. Courmansel, para Varegnana, era Morelli en persona, asustándolo desde el fondo de la tumba, y no se es gran señor si no se es un poco tímido. Estos rasgos parecen contradictorios; pero ser gran señor es querer ser el primero siempre, ó á lo menos diferente de los demás. Es, pues, tener un amor propio siempre despierto. Es temer más que nada al ridículo de una pretensión mal justificada. Procuro explicar su media vuelta menos extraña que la

mía. Pero conoce uno, ó cree conocer, la lógica de sus insensateces, al paso que los bruscos cambios ajenos nos desconciertan hasta la estupefacción. Me comparaba al San Jorge de Capaccio que le referí ahora poco, señora — sin sobrada modestia. No me lo diga usted, porque lo sé. ¡Figúrese ese valiente caballero al sentir de repente que la cuerda con la cual arrastraba á su dragón está rota y al ver que el cadáver de la enorme bestia ha desaparecido!... No sería mayor su extrañeza que la mía así que la esquela del conde al señor Boudrón fué enviada. Ya todo iba á depender de lo que yo contase al padre de Cristina. Mi resolución estaba tomada. En todo caso, no contaba oír las palabras que me dirigió Varegnana:

— ¿Así es que está vendido el retrato al señor Ralph Kennedy? ¿Ha llegado usted tarde? — Le hice señas de que sí « Quizás sea mejor, prosiguió. Y después de un corto silencio añadió: « Porque en fin, ¿está usted seguro de no haberse equivocado?...

— ¿Equivocado? repetí. ¿Reconociendo mi cuadro? — Imaginando conocerlo, rectificó el conde. No ha tenido usted más que unos minutos para examinarlo y un parecido es tan péfido... Usted mismo me ha dicho que casi duda de sus propios ojos por tener el cuadro un aspecto de cosa antigua... En el primer momento no se me ocurrió, como tampoco á usted, que fuese posible un error. Ya se lo he dicho. Nunca he estado tranquilo delante de ese retrato. Le guardaba rencor por haber servido para desbautizar á éste. Y me señalaba su Leonardo, reinstalado en su sitio de honor. No le había todavía quitado su certificado de desmerecimiento, el cartón sobre el cual figuraba uno de los nombres del usurpador, este Amico di Solaro, melancólicamente seguido de una interrogación: — ¡último y débil ensayo de protesta!

— Por fin, repitió después de haber tenido la escena que usted sabe con la marquesa, y así que me encontré solo, me he preguntado: ¿No hemos andado con sobrada prisa, el señor Monfrey y yo? La señora Ariosti es mi prima, como escribía al señor Boudrón. Así que lo dejé marchar á usted no sentí mi conciencia completamente en paz. No había dado bastante crédito á esta mujer que podía



... de la Casandra del palacio Varegnana... (pág. 103.)

ser de buena fe... Y lo era; prueba de ello las fotografías que acaba de mandarme de su cuadro, sin una palabra. Le he faltado gravemente. ¿No es este envío una invitación á un examen al cual he procedido? Aquí tengo otra fotografía, la del dibujo de la academia de Venecia, de la cual le he hablado ya, y que es un estudio para mi ex-Casandra. — Aquí un suspiro y añadió con firmeza: « Y

bien, no hay que dudar, la X... que firma este dibujo es exactamente la misma que la que figura debajo del retrato en el cual ha creído usted conocer la obra de su juventud... ¿Es admisible que esta particularidad sea puramente casual?... Vea usted. Las dos barritas de arriba y abajo, que van hacia un solo lado y alzándose un poco en la punta... Pues usted no había visto el dibujo de Venecia cuando pintó el cuadro. Luego...

Me enseñaba las dos pruebas, en las cuales había en efecto una identidad en las dos letras, cuya explicación era muy natural. El tío Sanfré había sabiamente retocado ó hecho retocar, dentro del estilo del siglo xv, las letras de la firma destinadas á subsistir. Este dibujo de Venecia, era de esa época. Á menos que... Desde esta aventura he llegado hasta preguntarme si no funciona en Italia una inmensa *camorra* artística, cuyos asociados son diestros en estampillar con marcas, hábilmente escogidas, los diez mil objetos falsos que emigran cada año de la península. Miré el perfil de la desconocida que había servido de modelo para este dibujo y la imagen de Ginebra. Lo intensamente cómico de la situación me volvió á dominar. ¡Ya ni Varegnana mismo creía en mi testimonio! Hubiera podido, como hice con Courmannel, discutir punto por punto. En mi apresurada confianza del día anterior, no había insistido sobre los irrefutables indicios, en particular, sobre el lunar junto á la boca, que conocía muy bien y que me traía á las mientes una deliciosa añoranza de amores bohemios. ¿Á qué? Levanté los ojos hacia el conde. Me pareció que la angustia contraía su cara. En la duda acerca de la autenticidad de un cuadro, ¿estimaba que valía mejor hacer inclinar la balanza hacia el lado que favorecía á un joven y profundo amor? ¿El poseedor del Leonardo sentía un supremo pesar? ¿Deseaba el hidalgo abrigar sus escrúpulos tras mi afirmación? Ello es que á su semblante se le quitó la tirantez cuando acepté su nueva opinión contestándole:

— Es verdad; no conozco bien mi cuadro: ¡al cabo de veintiocho años! Además la señora Ariosti, Kennedy y Courmannel han sido prevenidos!

— ¡Ah! dijo. ¿Courmannel también? ¿Y qué piensa?

— Que su Cristóforo es más verdadero que nunca.

— ¿Usted lo ve? exclamó Varegnana, y mirando el retrato antiguamente atribuido al Vinci, con una singular tristeza... Decididamente mi dama ha perdido su pintor; pero no nos guardará rencor... Hemos hecho feliz á una muchacha... No llegue usted tarde para la cena, añadió. Tendrá usted un manjar milanés del cual quiero reservarle la sorpresa y que no puede esperar...

He aquí por qué, señora y amiga, si alguna vez Adalberto de Rumesnil ó algún otro *snoob* de esa hechura llega á decirle que se ha descubierto al verdadero autor de la *Gioconda*, y que este autor se llama Cristóforo Saronno, no crea usted de ello una palabra. Y si se entera usted de que algún coleccionista amigo suyo se está disponiendo en una gran venta á enriquecer su galería con un cuadro del propio Cristóforo, aconséjele que desconfíe y luego permita usted á su servidor que le ofrezca para el día de su santo, que cae el diez y siete del mes, una mediana reproducción de la Casandra del palacio Varegnana que ha ejecutado para usted — *con amore*. — Usted colocará esta acuarela en un rincón de su sala, y cuando le pregunten de quién es esta adorable cabeza, contestará usted sin miedo, que es copia de un Leonardo. Será verdad, tan verdad como que usted es un Vinci para desgracia del que acaba de contarle esta historia larga por demás, y que se excusa de ello, poniéndola una vez más á vuestros pies, su apasionado fiel, inútil servidor,

L. M.

Por la copia.

Thoune, Agosto de 1906.